

Epílogo: Vivir Bien, Buen Vivir, *Sumak Kawsay, Suma Qamaña*

Fernando Huanacuni Mamani

El Vivir Bien/Buen Vivir emerge desde la cosmovisión de los pueblos originarios y se pone en vigencia en los debates occidentales ante la crisis global que ha generado la modernidad, con la forma de vida que ha venido promoviendo en el mundo, desde que impuso su pensamiento prácticamente, en los cinco continentes, a través de los procesos de colonización y neocolonización. Occidente ya sabe que no es viable la forma de vida a la que ha llevado a la humanidad. Los países en un afán de desarrollo, de progreso, orientados únicamente hacia la generación de riqueza, han ido generando desequilibrios y deterioro en la Madre Tierra, compitiendo para elevar su nivel de PIB (Producto Interno Bruto) y ser catalogados como países desarrollados. Pero desde diferentes espacios han surgido críticas a esta forma de medir el “bienestar” de un país y en este sentido se plantean alternativas para buscar nuevos indicadores. Entre estos planteamientos encontramos el Índice del Planeta Feliz, el Índice de Felicidad Interna Bruta (FIB), o el Informe sobre Desarrollo Humano (IDH).

Los pueblos originarios planteamos una forma de convivencia con el propósito de cuidar el equilibrio y la armonía que constituyen la vida. Este planteamiento es el Vivir Bien/Buen Vivir, basado en principios y valores ancestrales. Los Estados cuya orientación sea Vivir Bien, deben generar espacios para la expresión tanto de lo material como de lo mental, lo emocional y lo espiritual, a partir de la identidad; en un contexto no solamente individual antropocéntrico, sino comunitario, que integra a todas las formas de existencia como parte de la comunidad. Si el ser humano no ama, no cuida, no protege, ni respeta la casa en la que vive, ni a los demás seres que en ella viven, indudablemente camina hacia su destrucción. Y estas acciones están profundamente ligadas a la sensibilidad, porque somos capaces de sentir todo aquello que nos rodea, sentir que tiene vida y que merece respeto y esto definitivamente sale del corazón. Y no es que se debe priorizar el corazón por encima de la razón, de hecho, los sentimientos deben ser alumbrados por la inteligencia para convertirse en verdadero amor, así como la inteligencia debe ser alumbrada por los sentimientos para con-

vertirse en sabiduría. Vivir Bien/Buen Vivir está ligado a saber convivir, así que, para poder visibilizar, expresar o proyectar el *Suma Qamaña*, *Sumak Kawsay* o Vivir Bien/Buen Vivir, se tienen que restablecer las armonías con uno mismo, con la pareja, con la familia, con la comunidad, con los ancestros, con la Madre Tierra y con el Padre Cosmos; y estas armonías se expresan a través del cuidado y el respeto. Cuidamos no porque es ajeno o porque una norma lo dice, sino porque somos nosotros mismos; el deterioro de ese algo aparentemente externo, es el deterioro de todos nosotros, más aún: del conjunto, y ese conjunto es la comunidad, no solo de seres humanos, sino la comunidad de vida.

Los pueblos indígena originarios estamos en deliberación y reflexión permanente hace tiempo sobre este y muchos otros temas, pero no de manera pasiva, más bien activos y movilizados para la reconstitución de la identidad. Y cuando conversamos con hermanos de las primeras naciones del norte de Abya Yala, como los dené, navajo, lakota, choktaw; del centro de Abya Yala, como los maya, azteca, kunas, embera, gnobe bougle, nonualcas, del sur de Abya Yala, mhuyshqas, kogui, arhuacos, kichwas, cayambes, chancas, quechuas, mapuches, hermanos afrodescendientes, guaraníes, chiquitanos, tsimanes, ayoreos, aymaras y otros pueblos de otros continentes como los inuits, celtas, maoríes, hermanos de China, de Corea, de Japón y de otros pueblos que guardan la tradición ancestral, quienes queremos reconstituir las formas antiguas de vida, hay una diferencia muy clara en el debate y es que tenemos una lógica y una práctica común de encuentro distinta al occidental, que es buscar el consenso. Estamos en debate, pero no en el sentido de contraponer o anular al otro, sino de complementarnos. En muchas conferencias dentro nuestras organizaciones y en conversaciones con hermanos de diferentes pueblos originarios, han surgido aportes y recomendaciones, aspectos que agregar, ampliar o corregir y hasta se han hecho notar limitaciones, entre otros aportes. Pero los investigadores “modernos”, sociólogos, antropólogos o historiadores, han pretendido descalificar nuestra propuesta, desde su estructura individualista y su visión antropocéntrica, buscando imponer y homogenizar el pensamiento, partiendo de la idea de que ellos tienen la verdad; si es diferente a su lógica no la asimilan, la desechan o si la toman en cuenta, la consideran inferior; no logran comprender que son dos cosmovisiones distintas. Algunos investigadores de lógica occidental opinan a veces con buena intención, otras con no muy buena intención, quizás porque se sienten rebasados al verse fuera del debate que hemos emprendido en Abya

Yala. Incluso hay personas que se atreven a decir “está mal *Sumak Kawsay* o *Suma Qamaña*”. Pero cuando nosotros hablamos, es desde nuestra vivencia, desde nuestro corazón, y esa vivencia habla de una forma de vida totalmente diferente a la forma de vida occidental. Para algunos nuestro planteamiento parece ser un “nuevo catecismo”; pero ni es nuevo, ni es catecismo, es un antiguo paradigma. *Sumak Kawsay*, *Allin Kawsay*, *Suma Qamaña*, *Suma Sarnakaña*, *Teko Kavi*, *Nandereko*, *Küme Mongen*, son una antigua forma de relacionamiento que ha permitido relaciones de vida con respeto y cuidando el equilibrio de la Madre Tierra. Desde la visión occidental y especialmente desde la visión académica, hay una tendencia a separarlo todo; el político tiene que hablar solo de política, el filósofo solo de filosofía, el músico solo de música. En cambio, desde nuestra lógica todo está integrado y por eso estamos en las movilizaciones, en las marchas, en los debates, en la música y en la política. Hemos aprendido a vivir de manera integral conscientes de que todo está conectado. Otros dicen que el Vivir Bien/Buen Vivir es algo utópico, algo irrealizable, una idealización. Pero ¿acaso no necesitamos de una utopía, de un horizonte para caminar? Además, los pueblos antiguos generaron la “cultura de la vida”, vivieron con respeto; han tenido sin duda dificultades y desencuentros, pero no han generado los abismos entre seres humanos que podemos ver hoy; cuando la modernidad ha negado el alimento, la atención en salud y la educación a millones de personas, algo tan esencial y básico en la vida, cuando existen tantos sumidos en la pobreza extrema y tan pocos gozan de una riqueza extrema también. ¿De qué se puede jactar Occidente hoy en día, si con esta estructura ha generado países de primer, segundo y tercer mundo? Ha hecho desaparecer especies, ríos, bosques, montañas, ha destrozado el mundo y permite que millones de personas mueran de hambre, día a día. ¿De qué puede jactarse la modernidad, o estos investigadores que se burlan del paradigma del vivir bien, creen que todos estamos bien?

No vamos a entrar en la misma lógica que utiliza Occidente que pretende medirlo todo. Nuestra lógica es distinta y en el planteamiento del vivir bien no todo es medible, lo más importante no se puede medir: la conciencia, la armonía, la felicidad, la espiritualidad. El Vivir Bien/Buen Vivir no es cuestión solamente de accesibilidad a los servicios, se trata de una convicción espiritual que va más allá del bienestar occidental. Lo que estamos planteando es una forma de vida totalmente diferente a la forma moderna y los que se oponen seguramente temen perder los privilegios que esa desigualdad les ha brindado y por eso están contentos con la forma

de vida actual. Nosotros no lo estamos. El aporte que realizamos acerca del Vivir Bien/Buen Vivir viene desde la nación aymara de la cual soy parte, no es únicamente una recopilación de mis conocimientos, es producto de haber observado y guardado vivencias de mis abuelos y toda una tradición oral vigente en nuestros *ayllus*. Tengo que agradecer a los ancestros porque son ellos los que nos han legado estos saberes, a los hermanos de diferentes pueblos y naciones quienes nos han confiado también muchos elementos para enriquecer la propuesta del Vivir Bien/Buen Vivir y muchos otros hermanos que han colaborado para sistematizar esta propuesta. Cada vez que veo a mis hijos siempre me pregunto ¿en qué mundo vivirán? y eso me impulsa más a dejarles a ellos y a mis nietos este mensaje, tanto para su tiempo como para todos los tiempos y desde aquí decirles que nuestros abuelos no se equivocaron al tener la certeza de que es posible, que todos podamos Vivir Bien. El ser espiritual es más que solamente estar bien con uno mismo, necesitamos darnos cuenta que la convivencia con todo y todos es fundamental. Hoy con mayor certeza y convicción reafirmamos el paradigma de vida que nos dejaron nuestros ancestros, en ese horizonte y camino que denominaron *Suma Qamaña*. Cada generación tiene una responsabilidad con la historia y con la vida, y nuestro rol como generación es reconstituir nuestra identidad, transitar nuestro propio camino. Los pueblos indígena originarios tenemos mucho que aportar en este nuevo tiempo que estamos viviendo, que en aymara y quechua se conoce como *pachakuti*, un tiempo de reordenamiento; un proceso de profundos cambios, un retorno al equilibrio y la armonía. Este nuevo tiempo es ¡nuestro tiempo!

¡Jallalla!

Cultura de la vida

La identidad cultural ancestral, que es parte de un proceso natural, es el conjunto de rasgos y características propios de una comunidad, que emergen de una relación de afecto y de respeto con el entorno. Esta forma de relación se genera a partir de una comprensión de vida; de una cosmovisión. Estos rasgos y características agrupan cosmovisión, idioma, valores, tradiciones, costumbres y símbolos que constituyen un elemento cohesionador dentro de un grupo social, con el que los individuos que lo forman pueden fundamentar su sentimiento de pertenencia. Muchos autores hablan solamente de identidad cultural, sin embargo, para nosotros los

pueblos originarios, los conceptos “cultural” y “ancestral” no pueden explicarse de manera independiente; ambos términos están profundamente conectados, ya que los mencionados rasgos y características propios de un grupo humano se heredan tanto de los padres y abuelos humanos como de nuestros padres y abuelos astros, montañas, árboles, lagunas, ríos, etc. La identidad cultural ancestral está íntimamente ligada a la identidad natural; más aún emerge de ella. El ser humano al igual que toda forma de existencia tiene una esencia natural y eterna que es equilibrio y armonía. Los abuelos nunca se han apartado de esa esencia natural y eterna por lo tanto los valores y principios que forman parte de la identidad cultural ancestral son los valores y principios de vida; de equilibrio, de armonía, de respeto y de cuidado de la vida. Todo lo que existe se complementa de alguna forma con el conjunto, ninguna especie es más o menos importante; todas son parte del equilibrio de la vida. Además, cada forma de existencia de manera natural, se expresa en paridad; es decir, *chacha/warmi*, varón/mujer, masculino/femenino. Por lo tanto, en las culturas ancestrales se considera muy importante expresar a plenitud nuestra naturaleza; ya sea como seres humanos con un rol complementario en la vida, y de manera particular como varón o como mujer.

Si bien la forma de relacionarnos no es estática; es decir que se va adecuando o equilibrando según las condiciones del entorno, siempre mantiene una esencia. Por ejemplo, mucha gente asocia la comunidad con algo relativo solamente al campo y el campo al indio, y cuando muchos hermanos indígenas migran a la ciudad piensan que dejan de ser indios para convertirse en “ciudadanos”. Producto de la colonización, algunos hermanos indígenas han entrado en esta lógica occidental, lógica que pervive también en la educación actual. Mucha gente indígena que ahora tiene dinero y que por haberse trasladado a las urbes cree que ya no es indígena, se hace llamar “mestizo”, pretende ser superior a quienes viven en el campo. La colonia y el período republicano desestructuraron nuestras comunidades; la lógica de vida moderna hasta el día de hoy promueve la occidentalización y la migración hacia las ciudades, y muchos hermanos fueron alejándose de nuestras raíces. Sin embargo, la identidad no puede borrarse por el solo hecho de trasladarse de un lugar a otro; la sangre de nuestros ancestros corre por nuestras venas estemos donde estemos. Si bien podemos vestir diferente porque así las condiciones del entorno lo exigen, la información y experiencia generacionales, permanecen más allá del espacio y más allá del tiempo. Retornar a la Identidad, no implica un

retroceso, significa recuperar la memoria y la historia en el tiempo presente para proyectarnos hacia el futuro; pues seguir caminos ajenos o ser repetidores de lo que otros siguen, lleva a una constante frustración, como ha sido hasta ahora para las comunidades ancestrales. Incluso en Europa, en Estados Unidos, se está empezando a recuperar esa antigua forma de relacionamiento comunitario. Por ejemplo, en Alemania, en Inglaterra, en Eslovenia, nos hemos encontrado con personas de un espíritu diferente y nos damos cuenta que, en los orígenes de nuestra historia, había una memoria común entre nuestros pueblos. Es importante saber quiénes somos y de dónde venimos. Recuperar nuestra identidad cultural ancestral, nos va a permitir recuperar nuestra fuerza y nuestro horizonte; un pueblo sin identidad es un pueblo sin conciencia y por tanto un pueblo explotado.

La modernidad ha generado una falsa dicotomía entre el ser humano y la naturaleza. La modernidad busca humanizarse cada vez más, lo que implica separarse cada vez más también de la Madre Tierra. Mientras más se aleja de la naturaleza, más se humaniza, y nosotros no queremos humanizarnos queremos “naturalizarnos”, es decir, volver a nuestra esencia, a nuestra identidad. Existen dos paradigmas que propone Occidente: uno individual extremo (individualismo) y otro, el colectivo extremo (comunismo).

Paradigma individual extremo

La cosmovisión individual antropocéntrica y machista de Occidente surge de la concepción de que el “ser humano es el rey de la creación”, de que todo lo que existe es solo para el beneficio del ser humano; esto se fundamenta en el mito cristiano en el que primero, su dios es varón, segundo, su único hijo es también varón, tercero, la creación del primer ser humano también es varón y de la costilla del varón sale la mujer, doctrina que reafirma la hegemonía del varón ante la mujer. La creencia de que su dios es el “único y verdadero” genera la idea de que existe una sola verdad. De ahí surge el proceso de homogenización. Estas concepciones consideradas por ellos “sagradas” van marcando e imprimiendo todo un proceso de interacción y relación de vida individualista, antropocéntrico, jerárquico y además machista; colocando al ser humano por encima de las demás formas de existencia, generando una relación de sujeto–objeto que da la potestad al humano, de usar y abusar de todo lo que le rodea, e incluso con la mujer, volviendo el rol de la mujer, según este paradigma, aleatorio y se-

cundario. Occidente promueve lo unitario, lo impar, la homogeneidad, un solo dios, el monoteísmo y la monarquía que concentra el poder en uno. Lo ancestral plantea la paridad, lo diverso (heterogéneo), la pareja (*jaqi*) y la responsabilidad se distribuye hacia toda la comunidad. El ser humano occidental concibe la dualidad de la lógica binaria de “sí y no”, de manera contrapuesta; es decir que concibe una permanente lucha de contrarios; a diferencia de las culturas ancestrales que concebimos la complementariedad de opuestos. Todo eso estructura el pensar y el hacer de las sociedades occidentales y esta forma de pensar determina una forma de relacionarse individualista y dialéctica. El individuo es el primer beneficiario de leyes y realidades sociales y no se toman en cuenta criterios e intereses de la colectividad. Como parte de esta forma de relacionarse individualista se genera también el capitalismo, que es un sistema económico y social basado en relaciones de producción que conceden la primacía en la creación de riqueza, a la propiedad privada de los medios de producción. El individualismo ha sido el germen de un modelo económico y de vida capitalista de acumulación individual y competitiva. El capitalismo es el sistema que está vigente y además de manera predominante, determina las relaciones sociales, jurídicas y de vida actuales. Desde hace siglos este paradigma está llevando a sociedades de todo el mundo hacia una desintegración, debido a un alto grado de desensibilización y desnaturalización de los seres humanos. Esto ha tenido consecuencias a todos los niveles y ha ido depredando la vida en su conjunto. Para este paradigma, lo más importante es la acumulación del capital.

Paradigma colectivo extremo

En respuesta al capitalismo depredador, surgen el socialismo y el comunismo que tratan de resolver la mala distribución económica y la injusticia social y en varios países contribuyeron a organizar movimientos sociales para hacerle frente. Es importante destacar, por ejemplo, la Revolución Cubana, que, a pesar de las circunstancias difíciles impuestas por las políticas del imperio, ha mantenido su dignidad con firmeza en la historia y sigue siendo una luz permanente para los movimientos sociales. Nicaragua que, desde el movimiento sandinista conformado también por pueblos indígenas y movimientos sociales, hasta ahora constituye un fuerte aliado para el movimiento indígena originario. Y recientemente emerge en el continente producto del proceso de cambio, el socialismo del siglo XXI

con la revolución bolivariana, que tiene una visión distinta, y que a medida que va comprendiendo se está integrando a la visión originaria constituyéndose también en otro fuerte aliado en el contexto continental ante el imperialismo.

Sin embargo, el paradigma colectivo del comunismo o del socialismo clásico está sustentado en una visión antropocentrista, en la que “el bienestar del ser humano” es lo más importante, y esa es su gran limitación, porque no toma en cuenta a otras formas de existencia ni a la vida en su conjunto y aunque hoy hablan del cuidado de la naturaleza, todavía no conciben a la Naturaleza como lo hacemos los pueblos originarios: para nosotros la Pachamama es un ser que vive y además es nuestra Madre. Por lo tanto, dado que los sindicatos, las organizaciones sociales y otros movimientos de izquierda en el continente, están compuestos por hermanos originarios, es importante que se den cuenta de ello y vuelvan a su identidad, con lo que podríamos potenciar la fuerza de todos los movimientos que enfrentan al imperialismo.

Paradigma ancestral comunitario

En el continente de Abya Yala ha habido mucho debate respecto a cuál de los términos utilizar para identificarnos: “indio”, “indígena”, “originario”, “nativos”, “primeras naciones” o “naciones originarias”. Recordemos que por la mala orientación de Cristóbal Colón nos denominaron “indios”, pues este pensó que había llegado a la India. Y hay un sector importante que afirma: “si como indios nos han dominado, como indios también nos vamos a liberar y a dignificar”. En la Amazonía prefieren que se los llame “indígenas”, pero muchos han cuestionado también esta denominación, porque estaría relacionada a indigente o a mendigo. Otro sector prefiere denominarse “originarios”, comprendiendo que somos originarios de estas tierras. En el norte de Abya Yala se denominan “primeras naciones”; pero más allá de cuál denominación utilicemos, somos Naciones Ancestrales y tenemos un mismo paradigma: el “paradigma ancestral comunitario”.

El paradigma ancestral comunitario emerge de la cosmovisión ancestral. Las diversas naciones indígena originarias desde el norte hasta el sur del continente de Abya Yala, tienen diversas formas de expresión cultural, pero emergen de un mismo paradigma: concebimos la vida de forma comunitaria. El término comunidad, desde las lenguas ancestrales no solamente describe una unidad y estructura social, como define la lógica de

pensamiento occidental; para nosotros la comunidad está conformada por todos los seres; plantas, animales, piedras, montañas, ríos, etc. Concebimos que todo vive y que todo es importante. En este tejido de la vida todo está integrado, interrelacionado e interconectado y existe una interdependencia entre todo. La vida es producto de la convergencia complementaria de las fuerzas de todos los seres. Es por eso que todo ser tiene un rol importante en la vida y el ser humano es solo una parte de la Madre Tierra. Además, no solo lo visible o tangible es parte de la comunidad, también lo invisible: los ancestros, los espíritus y otros seres. Todos en una relación complementaria y en equilibrio. Esto no implica que nuestra individualidad tenga que desaparecer, más bien emerge plena en su capacidad natural dentro la comunidad. Se trata de un equilibrio entre comunidad e individualidad.

Así también concebimos que todo en la vida es par; es decir que todo lo que se expresa es mujer y hombre (paridad). Por ejemplo, hay montañas varones y montañas mujeres. Lo mismo ocurre con las piedras, con las plantas y con toda forma de existencia. Además, sabemos que la unión de estas dos energías genera vida; es decir, que la vida se genera por la unión de estas dos fuerzas, hombre y mujer. La nación aymara y la nación quechua, por ejemplo, conciben que todo lo que existe viene del encuentro de dos fuerzas: Pachakama o Pachatata (Padre Cosmos, energía o fuerza cósmica) y Pachamama (Madre Tierra, energía o fuerza telúrica), que generan toda forma de existencia. Para los pueblos indígena originarios es claro y contundente: si no reconstituimos lo sagrado en equilibrio (*Chacha/Warmi*, hombre/mujer), lo espiritual en nuestra cotidianidad, definitivamente no habremos cambiado, de hecho, no tendremos la posibilidad de concretar ningún cambio real en la vida práctica.

Para las culturas ancestrales la muerte no existe, por lo menos no de la forma como se concibe la muerte desde la visión occidental, como el final, como la cesación de todo y por lo tanto como algo trágico. Por ejemplo, *jiwaña* es un término aymara que se traduce y se entiende como “muerte”, pero al analizar su raíz, *Jiwa*, nos encontramos con una significación más amplia; que más que un final es una transición; ya que, de esta raíz, se desprenden términos como “hermoso” (*jiwaki*) o como “nosotros” (*jiwasa*). La relación entre los términos “muerte”, “hermoso” y “nosotros”, nos da una muestra clara de que se trata de una cosmovisión totalmente distinta. Ya que esta transformación ocurre solo cuando muere no el ser, sino el individualismo, dando lugar a la comunidad; muero yo, para dar paso

al “nosotros”. Y esta transformación es hermosa. En el mundo Andino la vida es eterna; el ser humano simplemente pasa por esta vida como por un camino, la muerte es solo una transición de un lado a otro; de hecho, el nacimiento y la muerte son lo mismo, solo depende de qué lado de la puerta estamos. Dentro de nuestra cosmovisión, existe una completa y estrecha relación entre todos los espacios que conforman el Multiverso; bajo esta forma de pensar, la “muerte” no implica desaparecer o aislarse totalmente y, por lo tanto, no hay lugar al olvido de nuestros seres queridos (aquellos que han partido): nos comunicamos con ellos permanentemente.

Además del respeto que se enseña en las comunidades a toda forma de existencia, se enseña en particular el respeto a los mayores, a los ancianos, pues se comprende que han vivido más y tienen mayor experiencia. Para los pueblos ancestrales, los ancianos de las comunidades son las personas de mayor sabiduría, fortaleza, experiencia y equilibrio y a quienes se puede acudir para pedir consejo, alguna enseñanza, o bien la intermediación ante algún problema. Si bien el poder reside en la comunidad y las decisiones son tomadas por consenso, la Ulaqa, “el consejo de ancianos” es una institución dentro de la comunidad que guía, cuida, orienta y en caso de no poder llegar a acuerdos, tiene la última palabra.

A diferencia de occidente que concibe la historia de manera lineal, los pueblos ancestrales vemos la historia circular y cíclica; visión que emerge simplemente de observar la vida. Hay ciclos cortos y ciclos largos, por ejemplo, el día, seguido de la noche y luego el día nuevamente; la época de lluvia seguida del tiempo seco y frío, para volver nuevamente la época de lluvia; la Madre Luna que comienza con la luna nueva, va creciendo hasta estar llena, luego va menguando hasta desaparecer por completo y ser luna nueva otra vez; el Padre Sol también tiene una expresión cíclica, marcando los solsticios y equinoccios. Nuestros abuelos conocían también los ciclos más largos; de 50, de 100, de 500, de 1000, y 4000 años y en base a esta expresión cíclica natural de la vida se percibe también la historia, por eso se concibe el término aymara quechua *pachakuti*, que significa “el retorno del tiempo”. Para los pueblos originarios el principio y el fin se encuentran permanentemente, más aún son uno solo, por eso el término aymara *ayra* que significa “ojos” y adelante, también significa “atrás” y “pasado”. La vida, la historia, para nosotros, son una permanente sucesión de ciclos. Y nuestros abuelos han vivido siempre de acuerdo a estos ciclos.

La organización y designación de autoridades dentro la estructura ancestral responde a la lógica circular y cíclica, por lo que la designación de

autoridades es de forma rotativa; es decir, que se van desempeñando las responsabilidades y los roles por turno. Por ejemplo, en la nación aymara, en la distribución de autoridades en la lógica del *muyt'a* (rotativo), todos participan; en un *suyu* (conjunto de *markas*) todas las *markas* participan, en una *marka* (conjunto de *ayllus*) todos los *ayllus* participan, en un *ayllu* (conjunto de familias, *jatha*) todas las familias participan. Mientras las organizaciones en occidente tienen una estructura vertical jerárquica, concediendo mayores privilegios a los niveles superiores, dentro el *ayllu* ser autoridad es sinónimo de servicio. La autoridad ya no tiene una connotación de status como en el mundo occidental. Entonces ya no hay necesidad de competir por ser autoridad pues a todos les toca su turno, por lo tanto, no se lucha por el poder. En el sistema rotativo de autoridades, cuando les corresponde ejercer los “cargos”, todos valoran y comprenden a quien está cumpliendo con el rol asignado porque solo cuando se conocen los roles, se respeta a quien los desempeña.

Nuestra lógica de pensamiento es multidimensional. Por ejemplo, en la estructura de la lengua aymara, así como en otras lenguas ancestrales, concebimos la lógica trivalente, a diferencia de la lógica binaria que occidente plantea. En el proceso de razonamiento de la lógica trivalente además de verdadero y falso está lo incierto; en aymara decimos *inach* o *inaj*, que expresa un punto de encuentro, un punto de equilibrio, central e integrador. Además de lo trivalente, los pueblos originarios planteamos la tetraléctica, que es un método del saber antiguo, concretamente del simbolismo alquimista y de la escritura simbólica de Tiwanaku. Este método es multidimensional. El paradigma comunitario emerge de la expresión natural de la vida y más allá de solo un nuevo planteamiento, es algo que surge para restablecer el equilibrio de la Madre Tierra. Para los pueblos originarios del continente permanece la visión de que todo vive y está conectado, el principio comunitario, la complementariedad y muchos otros principios que hoy están siendo referentes en todo el mundo para retornar al paradigma del Vivir Bien/Buen Vivir.

Vivir Bien/Buen Vivir

En Bolivia, *Suma Qamaña* en idioma aymara y *Sumak Kawsay* en idioma quechua, se traducen como “Vivir Bien”. En Ecuador, *Sumak Kawsay* o *Allin Kawsay* en idioma kichwa, se traducen como “Buen Vivir”. El debate que se ha generado en el mundo respecto a la propuesta del Vivir

Bien/Buen Vivir, originada en la experiencia de vida de nuestros ancestros, ha ido abriendo espacios de reflexión permanente en medio de las movilizaciones dentro del movimiento indígena originario y en los espacios académicos, como una respuesta ante la crisis de vida ocasionada por la modernidad. Más allá de si la traducción más apropiada al español, es Vivir Bien o Buen Vivir, nosotros preferimos decir *Allin Kawsay*, *Sumak Kawsay* o *Suma Qamaña*, porque al traducirlos al español, al inglés u otros idiomas occidentales, pierden toda la riqueza de significado que tienen. Sin embargo, para encontrar un enlace, una forma de comunicarnos con el mundo, utilizamos los términos Vivir Bien/Buen Vivir.

Esta propuesta del mundo ancestral también ha generado polémica, especialmente entre investigadores de pensamiento y lógica occidental que pretenden mantener una hegemonía de análisis y opinión. Porque quienes habían escrito hasta ahora sobre nuestra cosmovisión eran ellos, desde la sociología, desde la historia, desde la antropología o desde la lingüística. Y nos han hecho decir muchas cosas; nos lo han “explicado” y más allá de haberlo hecho bien o mal, el problema es que siempre han pretendido “explicárnoslo” todo, manteniendo una lógica colonizadora que desmerece al indígena y por lo tanto le niega posibilidades de expresión propia. Entonces cuando queremos hacerlo nosotros, desde nosotros mismos, desde lo que somos y sentimos realmente; ahora que más o menos ya escribimos y hablamos lenguas occidentales, arremeten con críticas muy duras y pretenden desautorizarnos. Todavía tenemos dificultad en poder explicar nuestra cosmovisión, pero no por incapacidad sino porque nuestras lenguas ancestrales madre no son lenguas o idiomas solo concretos, como el español o el inglés, son básicamente lenguas abstractas. No es que pretendamos que el debate sea solo entre indígenas originarios, pero se debe comprender que son lógicas distintas, que provienen de cosmovisiones distintas: *Suma Qamaña*, o *Allin Kawsay*, o *Sumak Kawsay* no solamente significan Vivir Bien o Buen Vivir, constituyen toda una filosofía de relacionamiento con la vida. Cómo vemos el mundo, cómo lo comprendemos, y cómo nos relacionamos de acuerdo a esa comprensión. Esta forma de vida y por tanto de relacionamiento entre el ser humano y lo que le rodea es totalmente distinta a cómo se interactúa dentro de las sociedades modernas. Debemos destacar el aporte a la reflexión y al debate de investigadores que, aunque no tienen la vivencia, tienen la capacidad de aproximarse con respeto al hablar de nuestra cosmovisión.

No se trata solo de definir el Vivir Bien/Buen Vivir: tenemos que remontarnos al origen y ver desde dónde se plantea. El Vivir Bien/Buen Vivir, que es diferente al “bien común”, al “bienestar humano” o a la “felicidad individual”, siempre ha estado sumergido en nuestra vivencia, en nuestras prácticas, en nuestra cosmovisión. Para comprender en su verdadera dimensión este paradigma ancestral, es importante acudir a las diferentes naciones ancestrales del continente; a nuestras comunidades, a nuestras prácticas y vivencias, a nuestras propias cosmovisiones.

Desde la nación aymara que abarca el norte de Chile, norte de Argentina, Perú y Bolivia; desde la cosmovisión aymara, del *jaya mara aru* o *jaqi aru*, *Suma Qamaña* se traduce de la siguiente forma:

- *Suma*: plenitud, sublime, excelente, magnífico, hermoso
- *Qamaña*: vida, vivir, convivir, estar siendo.

“*Suma Qamaña* taqija, sumanqañaw, suma sarnaqañawa”, decía la abuela Biviana Mamani Chacolla, de la nación aymara, que significa: “Para vivir bien, hay que estar bien, hay que caminar bien”. *Suma Qamaña* (Vivir Bien), es el proceso de la vida en plenitud, es saber vivir y saber convivir; vivir bien es vivir en equilibrio material y espiritual. Cuando se habla de saber vivir y saber convivir estamos hablando de dos dimensiones. Saber vivir es la primera armonía; la armonía interna, estar bien o *sumanqaña*. Y saber convivir es la armonía con la pareja, con la comunidad, con la Madre Tierra (Pachamama), con el Padre Cosmos (Pachakama), con los ancestros y con la vida, saber relacionarse o convivir con todas las formas de existencia. Desde la cosmovisión aymara, todo vive y toda forma de existencia es importante, en una relación complementaria. Para el aymara el derecho fundamental es el derecho de relación directa con la Madre Tierra; no puede concebir la vida aislada de la Madre Tierra; vivir bien implica también tener tierra y territorio. Desde la concepción aymara, el Vivir Bien no es simplemente una expectativa, el Vivir Bien es el camino y el horizonte de la comunidad. Vivir en armonía con la Madre Tierra y con el Padre Cosmos implica vivir de acuerdo a los ciclos. Crecemos con la naturaleza y no en contra de ella. Es por eso que la cultura aymara ha generado la vida en comunidad, de acuerdo a las épocas de siembra, épocas de cosecha, épocas de descanso, épocas de remoción de la tierra, épocas de fertilización natural, épocas de lluvia, de viento y épocas de actividad y pasividad. Son tan importantes los ciclos cortos como el día y la noche,

como los ciclos largos de ascenso y descenso de la historia. Para la nación aymara la espiritualidad es esencial para vivir bien; lo que se refleja en las diferentes prácticas comunitarias, como las peregrinaciones a las apachitas (lugares sagrados), los rituales para la siembra y la cosecha y las ceremonias de permiso para emprender cualquier actividad.

Para comprender el horizonte del Vivir Bien debemos comprender la diferencia entre el vivir bien y el vivir mejor. Estas dos formas de vida vienen de cosmovisiones diferentes, dos caminos, dos paradigmas con horizontes distintos. Sin duda, bajo la lógica de Occidente, la humanidad está sumida en el vivir mejor. El vivir mejor implica un progreso ilimitado, promueve el consumo inconsciente, incita a una excesiva acumulación material e induce a la competencia; una competencia que nos desencuentra. Y para que algunos puedan “vivir mejor” millones y millones tienen y han tenido que “vivir mal”. Es la contradicción capitalista: para que unos pocos vivan mejor, que es lo que sucede ahora en el Primer Mundo, para asegurar esas desmedidas demandas de consumo y despilfarro, tiene que existir un Tercer Mundo que provea de materias primas y mano de obra baratas.

Diferencia entre vivir bien y vivir mejor

El vivir bien es diferente al vivir mejor. Por la hegemonía de la ideología occidental dominante, todo el mundo quiere vivir mejor y disfrutar de una mejor “calidad de vida”. De modo general se asocia esta calidad de vida al ingreso per cápita y por lo tanto al Producto Interno Bruto (PIB) de cada país. Sin embargo, para los pueblos indígena originarios, la vida va más allá de medirla solamente en función de la economía. En el sistema educativo actual, desde el ciclo inicial hasta la educación “superior” se enseña, se afirma y reafirma la lógica de la competencia, en una carrera en la que hay que ganar aún a costa de los demás y no se contempla, ni se considera la posibilidad de complementarnos. Para la sociedad actual de pensamiento y estructura occidental, “competir” es la única lógica de relación; la premisa ahora es “compito, luego existo”. A través de su principio “ganar no es todo, es lo único”, Occidente motiva y promueve la lógica del privilegio y del mérito y no de la necesidad real comunitaria. La existencia de un ganador implica que haya muchos perdedores. La visión del vivir mejor, busca acumular dinero, riqueza, éxito y eso ha generado una sociedad desigual, desequilibrada, depredadora, consumista, individualista, insensibilizada, antropocéntrica y antinatura. Promueve la monetización

de la vida en todas sus esferas, la desnaturalización del ser humano y la visión de la naturaleza como “un recurso que puede ser explotado, una cosa sin vida, un objeto a ser utilizado”. En la visión del Vivir Bien/Buen Vivir, buscamos la complementación, partiendo de la premisa “si uno gana, si uno pierde, todos hemos perdido”. Porque se comprende que, si todo está articulado dentro la comunidad, si se afecta a uno, se afecta a todos. Nuestros abuelos comprendieron que la vida es producto de la convergencia de fuerzas complementarias y por eso nos enseñaron que “todo vive y todo es importante”. Vivir Bien es estar en permanente armonía con todo, no consumir más de lo necesario y velar por que no falte nada a nadie en la comunidad. El horizonte del Vivir Bien/Buen Vivir es cuidar la vida y eso nos permite despertar una conciencia, la conciencia de la cultura de la vida. Es por eso que las naciones ancestrales en el continente estamos movilizadas en defensa de la Madre Tierra; por lo tanto, en defensa de la vida. No estamos luchando por mayores regalías, ni por llegar a acuerdos para una mejor distribución de las ganancias producto de la explotación minera, petrolera o producto de la tala de árboles. Lo que queremos y por lo que luchamos es por cuidar la vida.

El Vivir Bien se puede aplicar a todas las áreas de la vida; a la salud, a la alimentación, a la educación, a la economía, a lo jurídico, a lo político, a lo espiritual. Así por ejemplo si hablamos de salud, desde la cosmovisión ancestral originaria, la salud es consecuencia de mantener el equilibrio y la armonía, de la tranquilidad mental y espiritual. La enfermedad vendría a ser la falta de armonía entre el ser humano, las circunstancias de su vida y el mundo que le rodea. Esta cosmovisión posee una visión integral de la salud y de la vida, mediante la cual concibe al ser humano, la naturaleza y el cosmos interactuando permanentemente. Salud desde la cosmovisión ancestral es plenitud. La dinámica de este equilibrio depende de las acciones de las personas, esto tiene relación con la complementariedad permanente. Para los abuelos y abuelas la búsqueda de las causas es aún más importante que conocer solo el síntoma. La salud y la enfermedad no son un estado interno del cuerpo, sino que se trata de algo mucho más completo y complejo; son una consecuencia de la forma de vida y de la relación con el mundo y por lo tanto la enfermedad no es casual: su origen tiene que ver con la forma de relacionarnos hacia afuera y hacia adentro; la enfermedad surge de la desarmonía, de la realización de una acción indebida. Es importante comprender el origen, la causa además del síntoma, ya que si no se conoce

la causa que está en las acciones nuestras, curar el síntoma será curar parcial o momentáneamente, pues la causa seguirá generando la enfermedad.

Hablar de alimentación es hablar de “alimentación digna y con identidad”, lo que significa primero, que el alimento debe ser para todos, y cuando decimos para todos nos referimos a todas las formas de existencia, no solo para el ser humano, sino para todos los seres que habitan la Madre Tierra, pues concebimos que todo es parte del equilibrio de la vida. Cuando decimos “con identidad” nos referimos a restablecer nuestras propias formas de producción de alimentos, con nuestra lógica, con nuestras propias tecnologías, que nos permitan producir alimentos sanos, para recuperar las semillas sanas también. Utilizar tecnologías como la rotación de cultivos en la lógica del multicultivo, que, a diferencia del monocultivo, además de darle mayor riqueza nutricional al alimento, permiten también preservar la fertilidad de la tierra y evitar la aparición de plagas. Al reconstituir nuestras tecnologías, los pueblos indígena originarios queremos volver a producir como lo hicieron nuestros ancestros; con un profundo respeto, porque para nosotros la Madre Tierra es un ser que vive, es nuestra Madre y como todo ser tiene ciclos de producción y ciclos de descanso que hay que respetar. Entonces no hay una relación de explotación, ni de uso y menos de abuso, sino una relación de afecto y de cariño.

Hablar de educación implica hablar de educación comunitaria, comprendiendo que los procesos de aprendizaje no pueden ser individuales o aislados del entorno, porque la naturaleza nos indica que todo está conectado. La vida de uno es complementaria con la vida del otro. Al final todo en la vida se expresa en una complementariedad dinámica permanente. Entonces en la educación comunitaria, la enseñanza no puede estar aislada de la Madre Tierra, sino más bien debe enseñar a comprender y respetar las leyes naturales. La educación comunitaria está basada en un enfoque y principio comunitarios, no implica solamente un cambio de contenidos, sino un cambio en la estructura educativa. Esto significa salir de la lógica individual antropocéntrica, para entrar a una lógica natural comunitaria, salir de una enseñanza y evaluación individuales, a una enseñanza y valoración comunitarias, salir del proceso de desintegración del ser humano con la naturaleza y reemplazarlo por la conciencia integrada con la naturaleza, salir de una enseñanza orientada a obtener solo fuerza de trabajo, para instituir una enseñanza que permita expresar nuestras capacidades naturales, salir de la teoría dirigida a la razón para solo entender, a una enseñanza práctica para comprender con sabiduría, salir de una enseñanza que alienta

el espíritu de competencia, a una enseñanza/aprendizaje complementaria para que todos vivamos bien y en plenitud.

Hablar de economía bajo el planteamiento del Vivir Bien, es hablar de “economía comunitaria complementaria” y hay que explicarla desde el *ayllu*, que es el sistema de organización de vida. *Ayllu*, es un término aymara que se traduce como “comunidad”, pero no como una “unidad y estructura social”, solamente, sino, como una “unidad y estructura de vida”, es decir, no solo humana. Todas las formas de relación en el *ayllu* deben estar en permanente equilibrio y armonía con todo, pues cuando se rompe esta regla las consecuencias son para todos. Dentro el *ayllu* no hay lugar para el término “recurso”, ya que, si todo vive, lo que existe son seres y no objetos, y el ser humano no es el único parámetro de vida ni es el rey de la creación. El principio de Occidente busca dominar la naturaleza; desde el principio originario se busca “relacionarnos” bajo el principio y la conciencia del *ayni*, término aymara que significa reciprocidad, la energía que fluye entre todas las formas de existencia. Tampoco cabe el concepto de explotación de nada ni de nadie, porque nada ni nadie es útil solo para uno, ni el propósito de las demás formas de existencia es solo el beneficio del ser humano, todo está en una relación complementaria, en un perfecto equilibrio (*khuskha*). Los pueblos originarios parten de la conciencia de que todo está conectado y por su naturaleza todos tienen un rol complementario y recíproco. *Suma qamaña* en términos económicos significa: generar relaciones económicas en complementariedad y reciprocidad con la vida, la Madre Tierra, la comunidad y la familia. Toda relación económica no es con el fin de acumular capital, sino esencialmente para preservar la vida, por lo tanto, toda relación económica, no solo debe estar enmarcada en leyes económicas de interés humano, sino que debe estar enmarcada en leyes naturales que cuiden la vida, la Madre Tierra, la comunidad y la familia.

En cuanto a lo jurídico, como sabemos, en el ordenamiento jurídico de Occidente el derecho fundamental es el derecho a la vida y a la libertad. Para las naciones originarias, en cambio, el derecho fundamental es el derecho a tierra y territorio, un derecho que fue negado con la llegada de los europeos al Abya Yala hoy América, y que hasta el día de hoy se constituye en parte de la “deuda histórica” con los pueblos indígena originarios. Desde el ordenamiento jurídico ancestral comunitario, los derechos comunitarios están por encima de los derechos individuales y por lo tanto no existe el derecho a la propiedad privada sobre la tierra, más bien se concibe

el “derecho de relación” con la Madre Tierra y por lo tanto un derecho que no se puede negar a ningún miembro de la comunidad. Un derecho que fue negado desde la colonia a los pueblos indígenas originarios y que hasta el día de hoy no fue resarcido, y que es el origen de los grandes millonarios en el planeta, que son muy pocos, frente a la pobreza extrema generada en consecuencia, que son muchos y que es producto de haber convertido a la Madre Tierra en una mercancía, después de haber despojado de sus tierras a los habitantes del Abya Yala.

La tierra no es una mercancía, es sagrada para nosotros y mientras no se resuelva la deuda histórica que los Estados tienen con los pueblos indígenas originarios, devolviéndonos nuestros territorios ancestrales, ningún enunciado o declaración a favor nuestro tendrá sentido y tampoco podremos vivir bien, después de haber generado tantos desequilibrios, el primer paso para construir de aquí en adelante, es devolvernos el equilibrio a todos los miembros de la comunidad y a partir de ello, reorganizarnos bajo un nuevo paradigma, bajo nuevos principios y valores que nos devuelvan el equilibrio y la armonía como sociedad.